

encontrarían allí copioso y excelente material para sus trabajos científicos (1). El Papa fué confirmado en sus propósitos por el arqueólogo Bottari, que en 1750 indicaba en la dedicatoria de su obra sobre las pinturas de las catacumbas, que todos los que se interesaban por la arqueología cristiana esperaban de Benedicto la creación de tal museo (2). Los valiosos hallazgos realizados en 1749, 1751 y 1752 en las catacumbas fueron destinados a esta colección, respecto de la cual se dudó largo tiempo si se la colocaría en el Capitolio o en el Vaticano (3). La resolución de unirla a la Biblioteca del Vaticano no se tomó hasta el otoño de 1755 (4).

En el prólogo del tercer tomo de su «Roma Sotterranea» lamentaba Bottari la dispersión de tantos monumentos cristianos y saludaba entusiasmado esta nueva empresa (5). El oratoriano Giuseppe Bianchini fué el encargado por el Papa de reunir material para el Museo cristiano. Este sabio propuso que se aprovechara el corredor que conduce a la biblioteca para exponer en él las inscripciones. Como la técnica del museo todavía estaba en sus principios, no se pensó en consignar el lugar del hallazgo de las diversas inscripciones cuando éstas fueron recogidas en las distintas iglesias en que se hallaban dispersas y reunidas en una sola colección. Además fueron arrancadas las esculturas de los sarcófagos cristianos traídos de palacios privados y lugares públicos para

(1) Acta Benedicti XIV, II, 282.

(2) Quicumque bonas litteras et antiqua, quae ad nostrae religionis cultum ritusque pertinent, impense amant, a te hoc [Museum] expectant. Dedicatoria de la obra *Picturae antiquae cryptarum Romanarum eccl.*, Roma, 1750.

(3) *Avvisi del 16 de enero de 1751 (una rarissima testa di vetro fuso, la cual admira mucho el Papa, va al Museo sagro), 26 de febrero de 1752 (aumento del Museo sagro), 6 de mayo de 1752 (urna sagra de las catacumbas de S. Sebastián con la representación de la multiplicación de los panes y cinco peces, destinada por el Papa para el Museo sagro), Cód. ital. 199 de la *Biblioteca nacional de Munich*. De los hallazgos en las catacumbas de Sta. Priscila informa Merenda (**Memorie, Biblioteca Angélica de Roma*) en el 10 de mayo de 1749: Veramente venerabili sono le s. catacombe ultimamente scoperte fuori porta Salara, mentre si è ritrovata la piccola chiesa di quelli antichi cristiani con tre ordini di sepolcri di s. martiri, et molto s'internano continuandosi però il cavo. Si è rinvenuto il corpo di S. Priscilla coll'ampolla del sangue del suo martirio in una urna di superbo marmo, dal che si è rinvenuto essere quelle le catacombe Priscilliane, que non eransi mai scoperte, e la suddetta urna S. S. ha destinato mandarla nella sala del Campidoglio per la sua rarità.

(4) *Avviso del 18 de octubre de 1755, loco cit.

(5) De Rossi en *Triplice Omaggio a Pío IX*, Roma, 1877, 93.

colocarlas en las paredes del museo. Para el resto de los objetos arqueológicocristianos mandó el Papa construir preciosas vitrinas donde hallaron lugar adecuado vasos, pinturas, esculturas de marfil, lamparillas de bronce y arcilla, gemas, ánforas, trabajos de orfebrería y bulas, y las monedas pontificias desde Adriano I hasta Benedicto XIV, coleccionadas por Javier Scilla a expensas del peculio privado de Benedicto (1). No se cerró la puerta a la arqueología pagana. El museo debía estar abierto a todos los sabios para el libre uso que un exacto inventario facilitaría (2).

La inscripción sobre la puerta de entrada del año 1756, afirma que el museo contribuirá a realzar el esplendor de Roma y a corroborar la verdad de la religión católica (3). Para director fué nombrado Francesco Vettori con un sueldo de cien escudos mensuales. A su muerte se hubo de encargar del cuidado del museo el entonces prefecto de la biblioteca (4).

Tan de corazón apreciaba Benedicto XIV la Biblioteca Vaticana, que le cedió de su propiedad particular las obras impresas más raras, así como manuscritos orientales, griegos y latinos (5).

Todavía más importante sin comparación fué la riqueza que la Vaticana alcanzó bajo su gobierno, con dos célebres colecciones particulares. Al morir en 1746 el marqués Antonio Gregorio Capponi legó su colección arqueológica al Museo Kircheriano y su

(1) Ibid. 94, y en el *Bullet. di archeol. crist.*, 1876, 137 ss. Cf. Galletti, *Passionei*, 227 ss.; Renazzi, IV, 281 s.; Kraus., *Roma Sotterranea*, 15; Fresco, *Lettere*, XVIII, 297. En el patio del palacio Rondinini en el Corso se lee la siguiente inscripción: Sarcophagum | quo facta quaedam ex veteri testamento | repraesentantur | Iosephi marchionis Rondanini donum | Benedictus XIV | in sacro Vatic. Museo collocavit. | 1747. La inscripción de Sta. Inés sobre el sarcófago trasladado en 1757 de allí al Museo cristiano se halla en Forcella, XI, 354. En el 1854, al instalarse el Museo Lateranense cristiano fueron trasladadas allí casi todas las esculturas de los sarcófagos; v. Ficker, *Die altchristl. Bildwerke im Christl. Museum des Lateran*, Leipzig, 1890; *Catálogo de Marucchi* (Roma, 1898).

(2) Acta Benedicti XIV, II, 316.

(3) Barbier de Montault, *Œuvres*, II, 178. Ibid., sobre los frescos de Giov. Angeloni, que se hallan en la última sala del ala de la biblioteca (cf. Thieme, I, 512), los cuales representan las construcciones de Benedicto XIV.

(4) Acta Benedicti XIV, 282 ss., 312.

(5) Alla Biblioteca Vaticana sempre abbiamo consegnate le cose più rare che ci sono state regalate ancorchè si avessero potuto conservare nella nostra domestica biblioteca donata per uso publico all'Istituto di Bologna. Ibid., 311. Cf. el catálogo de la Vaticana por Assemani, I, xxiv.

selecta biblioteca a la del Vaticano, que con ello se vió enriquecida con numerosos incunables, con otros impresos de singular rareza, con 285 manuscritos y además con el célebre calendario ruteno (1). A la muerte del último Ottoboni, acaecida en el año 1748, vióse amenazada la biblioteca del cardenal Pietro Ottoboni del peligro de dispersión; entonces la adquirió Benedicto XIV toda entera. Una parte del precio de compra lo costeó él de sus recursos particulares, la otra la tomó del Banco de Santo Spirito, el cual se reintegraría de los ingresos del Vaticano (2).

El elogio que a Benedicto XIV tributaron sus mismos contemporáneos por la adquisición de la biblioteca Ottoboni era muy merecido. Esta colección se formó a base de la biblioteca del sabio Marcelo II, quien la legó a Sirleto; y acrecentada por éste fué comprada y nuevamente enriquecida por el cardenal Ascanio Colonna. Muerto éste la adquirió el duque Giovanni Angelo Altemps, hasta que por último el cardenal Pietro Ottoboni reunió la mayor parte con sus propios manuscritos y más tarde, siendo Papa con el nombre de Alejandro III, le añadió todavía cien códices de la herencia de la reina Cristina. De esta suerte la Ottoboniana era superior en manuscritos latinos, griegos y hebreos a todas las bibliotecas particulares de Roma; contaba en total unos tres mil trescientos manuscritos (3).

Benedicto XIV regaló además a la Vaticana otros diversos manuscritos, un valioso Pentateuco persa, un comentario del Dante y los dibujos a mano de Pier Leone Ghezzi. Posteriormente cedió a la Vaticana los manuscritos sobre la historia y religión de los chinos que le había legado el misionero Fouchet, así como un tomo de las actas del Concilio de Constanza que le regaló el abad de Wilten, Norberto (4).

(1) Catalogo della libreria Capponi, Roma, 1747; G. Salvo Cozzo, I codici Capponiani d. Bibl. Vatic., Roma, 1897.

(2) Carini, 112 ss. Cf. Kraus, Cartas, 57.

(3) Blume, III, 67 ss. El trabajo de Constantino Ruggieri, el último bibliotecario de la Ottoboniana, citado aquí como manuscrito, aunque no utilizado, está publicado por A. Mai en Mem. stor. degli archivi della S. Sede e della Bibl. Ottoboniana, Roma, 1825, 40 ss. Cf. Codices manuscripti graeci Ottob. Vatic. Bibl., Roma, 1893, xv ss., xxv ss., xl ss., donde existe una nueva copia y mejor de la disertación de Ruggieri. Véase también Fresco, XVIII, 294, 297. Cf. nuestros datos del volumen XXXII.

(4) Carini 113 ss. El *Breve de acción de gracias al abad Norberto, con fecha 1754, IV Cal. Mai., Princ., 241, *Archivo secreto pontificio*.

El Papa, que también había hecho objeto de su solicitud los archivos romanos (1), coronó su obra impulsora de la ciencia haciendo emprender la edición de un catálogo detallado y completo de todos los manuscritos de la Biblioteca Vaticana, plan que hasta el pontificado de León XIII ya no volvió a resurgir.

Esta obra monumental, que debía hacer accesible a todos los sabios el tesoro de la primera colección de manuscritos del mundo, fué calculada en veinte tomos en folio, de los que seis habían de tratar de los manuscritos orientales, cuatro de los griegos y diez de los latinos, italianos y otros redactados en idiomas europeos. Esteban Evodius y José Simón Assemani empezaron con los tesoros orientales. En 1756 pudieron entregar al Papa el primer tomo en folio que comprendía los manuscritos hebreos y samaritanos (2). En 1758 y 1759 siguieron otros dos tomos con los manuscritos sirios.

En el prólogo del primer tomo, dedicado a Benedicto XIV, recuentan los editores sus méritos para con la ciencia: sus «propias obras áureas», la restauración de los frescos de la gran sala

(1) Trascendental para el Archivo secreto pontificio fué la designación de G. Garampi en 1749, el cual el 1.º de agosto de 1751 fué nombrado prefecto, al morir Ronconi, y emprendió con la mayor energía la catalogación; v. Dengel, Garampi's Tätigkeit, 3 ss. Benedicto XIV consiguió también para la Santa Sede los papeles de Clemente XI, que habían quedado en poder de Albani (v. Heeckeren, II, 155) y veló por la seguridad de los documentos en Santangelo; v. Rodocanachi, St.-Ange, 191, 232 s. Cf. Kraus, Cartas, 57 ss. Sobre la erección del Archivo del Tribunale delle Strade, ocurrida en 1743, v. Gli Arch. ital., Rivista, VI (1919), 163 ss. Cf. Forcella, I, 82. Para el Archivo secreto pontificio fueron adquiridos también 307 manuscritos, la mayor parte en el Fondo Pio (v. *Catalogo dei libri della Biblioteca di casa Pio, fatti acquistare dall'Em. Valenti per l'archivio nell'anno 1753, en Archivietto, 1, 148, ibid.), así por 25 escudos los manuscritos de Bernardo de Nápoles (sobre él v. Breslau, Urkundenlehre, II, 1, 267, nota 6), Reg. Vatic., 29 A, mediante la intercesión de Benedicto XIV, qui in colligendis apost. sedis monumentis nulli parcat sumtui, nulli labori, nullique diligentiae.

(2) Bibliothecae apostolicae Vaticanae codicum mss. Catalogus in tres partes distributus, in quarum prima orientales, in altera graeci, in tertia latini italici aliorumque europaeorum idiomatum codices: Stephanus Evodius Assemanus archiepiscopus Apamensis, et Ioseph Simonius Assemanus eiusdem bibliothecae praefectus... illustrarunt. Partis Primae Tomus primus, complectens codices haebraicos et samaritanos, Romae MDCCLVI. Ex typographia linguarum orientalium Angeli Rotilii in aedibus Maximorum. Sobre la suerte de los cuatro primeros tomos impresos hasta 1768, de los cuales casi toda la edición fué pasto de las llamas en un incendio, v. Blume, III, 98 s. Luego fué interrumpida la edición.

de la Biblioteca Sixtina y la decoración con pinturas de las vitrinas allí existentes, el notable aumento de manuscritos, en especial por la compra efectuada de la *Ottoboniana*, las colecciones arqueológicas anexionadas a la biblioteca, y particularmente el Museo cristiano que puede con razón llamarse Lambertino. Desde Sixto IV y V ningún Papa ha hecho tanto por la Biblioteca Vaticana como Benedicto XIV, merecido elogio del varón a quien Montesquieu llamaba el Papa de los sabios (1).

(1) *Lettres familières du Président de Montesquieu, Barón de Brède, à divers amis d'Italie* (sin pie de imprenta), 1767, 214.

IV. El jansenismo en Francia y Holanda

I

La subida al trono de Benedicto XIV no produjo apenas ninguna variación en la situación religiosa de Francia. En sus contestaciones a las felicitaciones de los obispos franceses aprobó la actitud hasta entonces observada por ellos frente al jansenismo. Elogió mucho que Berger de Charancy, sucesor de Colbert en la sede de Montpellier, presentara a la firma el formulario de Alejandro VII, pues con ello se prepararía el camino para la aceptación de la tan saludable constitución *Unigenitus*, que el nuevo Papa tenía tan extraordinariamente metida en el corazón por motivos personales (1). A los obispos La Fare de Laon, Lafitau de Sisterón y Belsunce de Marsella, tributa elogiosas palabras por su celo por la bula (2), la cual en Marsella y Sisterón tropezó con la oposición de algunos dominicos; Saint Albin de Cambrai y nuevamente Belsunce recibieron pruebas de reconocimiento por sus escritos contra los jansenistas (3), y animó a La Rochefoucauld de Bourges y Fitzjames de Soissons a luchar contra el error (4). Los jansenistas no tuvieron, por tanto, motivo para celebrar la elección de Lambertini; con todo, puede considerarse como precursora de la comedida actitud del nuevo Papa la amonestación que hizo a Charancy, de consultar primero con Fleury los pasos que pudieran

(1) *Sternet viam ad publice proponendam saluberrimam Constitutionem Unigenitus, nobis unice privato etiam sensu commendatissimam*. Carta del 14 de octubre de 1740, *Benedicti XIV, Acta*, I, 28; cf. 29, 39.

(2) el 7 de febrero, 18 de septiembre y 18 de diciembre de 1741, *ibid.*, 40, 84, 86.

(3) el 9 de diciembre de 1741 y 17 de enero de 1743, *ibid.*, 86, 141.

(4) el 15 y 20 de diciembre de 1740, *ibid.*, 29, 30.